BOLETIN

DE LA

REAL ACADEMIA GALLEGA

Año II | *Coruña, 20 Noviembre 1907* | Núms. 16 y 17

SECCIÓN OFICIAL

DISCURSOS LEÍDOS EN LA SOLEMNE SESIÓN DE 28 DE SEPTIEMBRE DE 1907 CELEBRADA EN LUGO PARA LA RECEPCIÓN DE ACADÉMICO DE NÚMERO DEL SR. D. JOSÉ A. PARGA SANJURJO

EL RENACIMIENTO DE LA LITERATURA REGIONAL

POR EL

SR. D. JOSÉ A. PARGA SANJURJO

Señores Académicos:

Requerimientos de la amistad, a cuyos dulces apremios no puedo sustraerme, me han decidido a aceptar el prestigioso cargo con que me habéis agraciado y, deseoso de corresponder a tal honor, vengo a rendir público y ferviente homenaje de leal e inquebrantable adhesión a la naciente Academia que me acoge, por modo tan benévolo, en su cariñoso seno. No esperéis, empero, que, al hacerlo, partan de mis labios acentos de conmovedora elocuencia, ni que exorne mis conceptos con pulcros atildamientos, de los cuales suele hacerse jactancioso derroche en estas solemnidades, antes revestirán mis ideas el sencillo ropaje que fuere más adecuado a las modestas aspiraciones de quien no gusta regalen su oído con inmerecidos elogios y rebuscados aplausos.

Séame permitido, antes de entrar en el fondo de mi difícil labor, significar, procurando satisfacción efusiva a dulcísimos sentimientos que, conmoviendo mi alma, pugnan por subir a los labios, la profunda gratitud que os debo por haberme abierto las puertas de este sabio Instituto, en el cual conviven, unidos por los estrechos lazos que engendra el cariño y fortifica y aprieta una común aspiración literaria, preclaros ingenios,

distinguidos escritores e ilustres personalidades, cuyas ejecutorias de mérito son gala y ornamento de la cultura regional.

Tan ganado contingente de ilustraciones y de talentos viene persiguiendo con una perseverancia a prueba de contrariedades, el ansiado ideal de asentar sobre sólidas bases la arquitectura del nativo idioma, ora puliéndolo con porfiada lima y despojándolo de las asperezas que acuse, ora contrastando su pureza, fija la vista en la abundosa fuente de donde deriva con próvido raudal, ora eliminando, merced a una acertada selección, las voces que, por inadecuadas y triviales, convenga proscribir y puntualizando las que, por su fluidez y galanura, interese conservar, ora enriqueciéndolo con vocablos nuevos que de la común procedencia ostenten el típico cuño, ora imprimiéndole brillantez y esplendor para que sea verbo elocuente del genio regional.

Tal es la difícil empresa, en cuya feliz realización debe ejercitarse nuestro mancomunado esfuerzo y, ante la misma, siento desfallecer el ánimo, huérfano hoy de las energías que antes lo alentaban. Y mi desfallecimiento sube de punto, cuando viene a mi memoria el recuerdo del peregrino ingenio que realzaba con su prestigiosa personalidad el sitial que, por azares de la movediza suerte, ocupo yo, aunque sin merecimientos para suceder al que lo llenaba, de verdad, con la superioridad de sus talentos y con la magia de su inspiración. La estela luminosa que proyectó este insigne gallego en la poesía regional perdurará en esta hermosa tierra, objeto predilecto de sus amores y de sus entusiasmos.

Fué Valentín Lamas un poeta genial, tallado en carne de enérgico vástago de aquella raza vigorosa que infiltró sus vagas tristezas, sus dulcísimos ensueños en el alma regional, imprimiendo a sus iniciativas derroteros diferentes de los que siguieron las demás provincias de España. Libaba su inspiración en los rientes valles y pintorescas vegas que esmaltan con perenne verdor el variado suelo de este país encantador y, al conjuro de su potente numen, surgían, ricos de luz y de color, palpitantes de verdad y oreados por las auras ledas que exhala el perfumado ambiente de la tierra natal, los animados cuadros que ofrece la vida del campo en Galicia, los crónicos males que afligen al sufrido labrador, sus contadas bienandanzas, sus inenarrables infortunios, sus hondas tristezas, las asechanzas que le tiende la ajena codicia, las incesantes explotaciones de que es objeto y todas las injusticias con que le abruman las deficiencias del medio social en que vive.

La vida del campo con los efímeros beneficios que procura el labrador y con los incesantes sufrimientos que lleva aparejados, forma, en efecto, el contenido de la poética labor de Lamas Carvajal, la cual,

ajena a las bucólicas ficciones de la musa heleno-latina, se inspira en un sano realismo, que concuerda, por modo admirable, con la idiosincrasia especial del campesino gallego.

Desde el punto de vista estético, desde el cual se propuso el poeta auriense acometer su labor, no cabía encerrarla en el viejo molde clásico, así es que, desentendiéndose de pastoriles usanzas y de añejos prejuicios, prefirió, con buen acuerdo, echarse en brazos de la musa de la realidad, persuadido tal vez de que es en determinadas ocasiones el numen más propicio y el guía más seguro. No acusan, por consiguiente, sus poesías el artístico relieve y la nítida ternura que resaltan en los inspirados idilios de Teócrito, Vión y Moscho, impregnados del campestre y bien oliente aroma del tomillo y de la madreselva y animados por los cantos de la ardiente cigarra, ni la exquisita ternura que el vate mantuano pone en labios de los pastores, cuando entonan sus cuitas a los acordes de la dulce flauta, del rabel sonoro y de la rústica zampoña, antes, Lamas Carvajal, apartándose de los trillados caminos, endereza su numen por otros nuevos, no exentos de belleza, y nos presenta al labrador gallego, tal como es, llevando sobre sus extenuados hombros el incruento calvario de sus dolores, los cuales son más para sentidos que para exornados con las galas que sugiere la imaginación dirigida por el arte. Pero, a fuer de buen gallego y amante por ende de todo lo que priva en el nativo país, no omite en sus cantares el genial gaitero con el tradicional instrumento, el cual parece que sonríe, gozoso, con la alborada, que se solaza con los ondulantes giros de la movida muiñeira y que repercute y semeja los dulces trinos con que el pintado jilguero da al viento su no aprendida música, encanto del oído y deleite del alma.

Por lo demás, la vena lírica del esclarecido poeta fluye, por modo espontáneo de su genial imaginación, entre sentimental y festiva, entre sabrosa y punzante, y recogiendo a su paso ensueños y desencantos, anhelos y decepciones, tiende con patriótico empeño a levantar el abatido ánimo de los moradores del campo, abriendo sus corazones a la esperanza de más venturosos destinos. Tal es la finalidad de sus cantares, en los cuales late vivo y enérgico el amor a la tierra natal.

Y este amor intensísimo se refleja con acentos conmovedores en su tierna poesía *Os aires da miña terra*, en la cual poesía expresa el deseo de que las auras de la patria amada besen y acaricien, después de su muerte, la losa funeraria que cubra sus yertos despojos. Vibra en esta inspirada composición, una de las mejores que se han escrito en gallego, nota doliente arrancada por el poeta a su lira ante el temor de que la muerte rompa los dulces lazos que le unen a la tierra natal y de que no

se cierna, a partir de la misma, sobre su sepulcro, cuanto bajo estos hermosos cielos fué para el apenado vate fuente de soberana belleza. Es el canto del cisne que plañe tristezas, embargado por el fatídico presentimiento de tener que abandonar en breve el amoroso nido; el adiós postrero del que teme perder las plácidas riberas de la vida y separarse de lo que fué imán de sus amores, alimento de sus entusiasmos, y estímulo de sus esperanzas. Esto parece revelar ese elegíaco canto, escrito con la amargura de un corazón lacerado por el dolor y con el hondo sentimiento que puede albergar sólo, en sus recónditos senos, el alma de un ciego, que ciego era, cual sabéis, el infortunado poeta cuya prematura muerte todos a una lloramos.

Valentín Lamas, cuando seguía la carrera de médico y a poco de unirse con indisolubles lazos a la que fué amantísima esposa, perdió el órgano de la visión, viniendo esta inmensa desventura a amargar el amoroso idilio, que sonreía a la dicha conyugal. La venda, empero, que entenebreció sus ojos y sumió su existencia en noche inacabable, no amenguó su inspiración, antes hubo de acrecentarla, porque Valentín Lamas era un ciego que veía. Veía, si, con la visión interior que originaba en su alma el persistente e indeleble recuerdo de las impresiones recibidas del mundo exterior, cuando la ceguera no secuestraba a sus ojos la hermosa luz de los cielos. Y esas impresiones que yacían, como latentes y dormidas en su espíritu, resurgían a la vida de la realidad, tomaban cuerpo y se manifestaban al exterior, cuando el fuego de la inspiración caldeaba su fantasía, cual resurgen y se dejan oír, en el momento que place al humano deseo, las melódicas cadencias del sonido que el disco impresionado guarda y retiene en su seno. Así como el objetivo de la cámara obscura recoge con gráfica precisión cuanto se le pone delante, así la imaginación del poeta, al sentirse impresionada por la luz de los recuerdos, los recogía y les daba forma en gallardas imágenes, cuyos tonos se agigantaban a través de las negruras que se cernían sobre su espíritu.

Y este fenómeno interior que se operaba en su alma lo sintieron asímismo cuantos se hallaron en idénticas condiciones. Homero, el cantor inmortal, cuya cuna se disputaron varias ciudades de Grecia, era ciego; pero su genio colosal señorea aún, no obstante la ceguera, las elevadas cumbres de la epopeya antigua, y Milton, ciego también, comparte con Torcuato Tasso el cetro de la épica moderna.

Aun me parece que veo al infortunado poeta cruzar las calles de su ciudad natal, inclinada la cabeza hacia el suelo, cual si el peso de la meditación le obligase a doblar la antes erguida cerviz, impresas en su

pálido semblante las huellas indelebles del sufrimiento y del dolor, veladas las mortecinas y apagadas pupilas por azulados lentes, cogido del brazo de su triste esposa, o de alguna de sus hijas, quienes, poseídas de filial ternura, guiaban, cual amorosa Antigona, al pobre ciego por los ásperos senderos de la vida, y aun parece que le oigo contestar, con la chispeante gracia que le era genial, a los saludos y discreteos que le dirigían al pasar sus cariñosos amigos o sus entusiastas admiradores. ¡Cuán ajeno estaba de pensar, entonces, que había de venir aquí, poquísimos años después, a evocar su querida sombra y a dedicarle, con la ternura de un corazón conmovido ante su memoria, este merecido recuerdo póstumo!

Valentín Lamas no sólo fué un poeta eximio, sino, además, un distinguido periodista, cuya sólida reputación abonan los trabajos que acometió y las campañas que mantuvo desde las columnas de los batalladores periódicos *El Heraldo*, *O Tío Marcos da Portela* y *El Eco de Orense*, de los cuales era, a la vez, propietario y director.

Dotado de un espíritu de observación reposado y reflexivo, de un ingenio sutil, hábil e insinuante, y de un talento claro y perspicaz que se iba derecho, cual la saeta, a atacar de frente los más abstrusos problemas y a abordar con ánimo sereno las más intrincadas cuestiones, era adalid formidable en las periodísticas lides. Acusa su prolija labor sátira aguda y picante, rayana, unas veces, en la virulencia de Juvenal, y otras, en el mesurado aticismo del poeta venusino. Sus certeros dardos van, por lo común, a clavarse en el amor propio del adversario con quien contiende, deteniéndose, empero, ante los infranqueables linderos de la vida privada; mas, cuando la injuria y el agravio le salen al paso y se interponen en su camino, encrespando su natural bilioso, entonces sus apóstrofes, sus sarcasmos y sus desdenes son terribles y avasalladores. ¡Ay del que le retaba a discutir, cuando los acicates de la propia dignidad ofendida espoleaban su enojada pluma! El que lo intentaba podía tener, antes de luchar, por seguro su vencimiento. Armado, entonces, de la potente clava de su acerada dialéctica y de su punzante ironía, la descargaba sobre su contrario, lo derribaba al suelo, y después de macerar sus carnes y de tenerlo tendido y maltrecho sobre la candente arena, lo remataba, no con el puñal de misericordia, sino con el arma más despiadada del ridículo. Los ideales políticos porque abogaba, jamás entibiaron el culto ardiente y fervoroso que rendía a Galicia, cuyo amor santo e intangible se sobreponía en su corazón a sus particulares intereses y a todas sus afecciones más caras. Su vocación periodística estaba tan encarnada en su temperamento, que ni ante los asomos de la muerte

sintió desfallecimiento ni desmayos, pues, veinticuatro horas antes de espirar, ordenó que no se suspendiese, el día de su fallecimiento, la publicación de *El Eco de Orense*.

He consagrado mayor espacio que el que se dedica en estas solemnidades al Académico fallecido, atento no sólo a sus merecimientos, sino también a que ha sido uno de los propulsores más entusiastas del renacimiento de la literatura regional, el cual renacimiento he elegido como tema de mi discurso, por ir asociado a sucesos que despiertan en mi memoria recuerdos enternecedores de la juventud.

Allá en los comienzos de mi vida escolar, cuando frecuentaba las aulas de la inolvidable Universidad compostelana, de esa madre cariñosa que aleccionó en su amoroso regazo varones tan esclarecidos, contemplé, poseído el corazón de júbilo indecible, el resurgir de una literatura que despertaba, tras profundo y prolongado sueño, ávida de continuar y de enriquecer aquella florescencia poética que brotara lozana y exuberante de vida en la edad medioeval, al mágico conjuro de los trovadores gallegos, cuyo áureo ciclo abre el siglo XII y cierran en el XV el renombrado doncel del Marqués de Villena, Macías *el Enamorado* y su ilustre compatriota Rodríguez del Padrón. No parecía sino que, al amor de las sonrosadas auroras que ese despertar producía, las calladas arpas de tan renombrados trovadores sacudían el ceniciento sudario en que las envolviera el polvo de las edades y se apercibían a preludiar aquellas sentidas cantigas, aquellas fluídas y dulces pastorelas, regocijo del *gay saber* y del arte de la rima, y embeleso de la suntuosa corte de los reyes de Castilla.

Lucido contingente de jóvenes, ricos de esperanzas no defraudadas por fortuna, tremolaba la bandera de ese renacimiento, cuyos anhelos se cifraban en la hermosa aspiración de infiltrar en las venerandas tradiciones del espíritu de raza el joven numen de la Galicia moderna.

Ha trascurrido desde entonces poco más de media centuria y en ese breve período de tiempo concluye la musa gallega por desprenderse de la infantil pretexta y por ceñirse la toga de la edad adulta al producir una labor poética, cuyo mérito y resonancia son presagio venturoso de éxitos todavía más decisivos. Ya no balbuce la poesía que renace, los tímidos e indecisos cantos peculiares de la infancia; antes, poseída de viriles alientos, afirma su personalidad, buscando seguras orientaciones en los rasgos étnicos y psicológicos que acusa el genio regional. Y estos rasgos étnicos y psicológicos que forman, por decirlo así, la característica del pueblo gallego, la sustancia de su vida, la legendaria urdimbre de

su existencia, están desde luego a la vista y es fácil, por todo extremo, precisarlos.

Hay en el fondo del alma gallega algo de soñadora melancolía, de vaga tristeza, de ingénita ternura, y ese algo, eco vagaroso quizá, de perdidas bienandanzas, dejo amargo, tal vez, de tradicionales e insistentes decepciones, es la característica de la contextura espiritual de la raza, la cual contextura debe proyectarse en los amplios y hermosos dominios de la literatura, de la poesía y del arte.

Todo conspira en Galicia a la existencia de esas vagas y geniales tristezas, desde la naturaleza peculiar de su suelo, hasta el carácter pacífico, afable y bondadoso de sus moradores. La naturaleza del país con los vagos rumores de sus bosques, con el doliente quejido de sus mares, con el murmurio adormecedor de sus arroyos, con la indecisa luz de sus crepúsculos, invita a la compenetración del espíritu con todo lo que solicita su contemplación, a ensueños arrobadores que, fantaseados por la imaginación, embelesan el sentido; y sabido es que, cuando dulces éxtasis y conmovedores transportes embargan el alma, la melancolía y la tristeza atisban y están en acecho, ávidas de penetrar en su misterioso santuario.

Si nos fijamos en el carácter de la población gallega, esta predisposición a la tristeza resultará más acentuada todavía.

Apegado el gallego al hogar donde rodó su cuna mecida por la adorada mano de una madre amorosa, al terruño que cultiva, en el cual cree ver impresa la huella de sus progenitores, al árbol que plantó y que le procura grata sombra en las horas de descanso, a la tradicional ermita que despierta en su alma creyente la devoción del romero, y a todo lo que le rodea, ya more en el angosto valle, ya en la riente campiña, ya en la abrupta montaña, sólo procura satisfacción a sus ansias el solariego hogar de sus mayores, donde vió la luz primera y fuera del cual le invaden y asedian las negruras de la nostalgia.

Las circunstancias que acabamos de apuntar, coadyuvan a que esas tristezas perduren en el carácter del pueblo gallego, las cuales, por lo demás, tienen raíces más hondas y se originan en causas muy distintas.

Ese carácter soñador, melancólico y sentimental, lo heredó el pueblo gallego de una raza cuyo entronque hay que ir a buscar, remontando las corrientes del río de la vida, en el frondoso árbol ariano, raíz de una ilustre descendencia, cuya sangre llevamos los europeos en nuestras venas, pues de los arios provenimos y a los arios debemos la noción de la justicia, el sentimiento de la libertad, la revelación de la belleza y los gérmenes de la civilización, con la cual se enorgullecen

hoy todos los pueblos cultos. Rama egregia, también, de ese árbol fecundísimo fué la familia céltica, a cuyos robustos pechos se amamantó, antaño, el pueblo gallego, recibiendo de esa raza, con sus bélicos arrestos, las virtudes que la tradición y la historia le atribuyen de consuno.

Y esta procedencia céltica no es un ensueño ideado por una imaginación exuberante que rebusca afanosa gloriosos abolengos, antes abonan ese común origen y la indubitada certeza del mismo, irrefutables razonamientos basados en datos decisivos y concluyentes. Proclaman esa procedencia, desde los monumentos megalíticos que guardan envueltos en la penumbra del misterio nuestros bosques seculares, o que se yerguen en las cimas de abruptos montes y de prominentes colinas, desde las armas e instrumentos de sílex que la piqueta sorprende a cada paso, ahondando las superpuestas capas geológicas del nativo suelo, hasta los rasgos étnicos de sus moradores; desde la existencia de pueblos y lugares, cuya denominación se expresa con palabras célticas, hasta las afinidades que el ojo perspicaz del filólogo y del hombre de letras descubren, a cada paso, entre los cantos bárdicos y los cantares de los poetas gallegos, a los cuales une el nexo de una común inspiración sentida y soñadora. Y sin ir más lejos; esta ciudad del Sacramento, que nos brinda hoy cariñosa acogida, deriva su apelativo del vocablo *lucus,* el cual significa *bosque sagrado,* y se halla, además, emplazada sobre un *castro,* y sabido es que los druidas celebraban su culto en los bosques y que los castros, semejantes al *oppidum* galo, deben su origen a los celtas y caracterizan las construcciones que acometieron en las postrimerías de la edad de piedra.

Por otra parte, Brisseux, el gran cantor de Bretaña y tan conocedor de la poesía bárdica, la presenta impregnada de la misma tristeza que se proyecta en la labor de los trovadores y de los poetas gallegos, y Teodoro Brotel, bretón también, después de proclamar, no sin orgullo, su filiación céltica, recoge el espíritu de la raza y lo encarna en sus producciones poéticas, cantando con estro encantador, en el cual se hermanan y conviven en tierno consorcio el amor a la tierra natal y la soñadora melancolía de los antiguos bardos, las glorias y las tradiciones populares de su idolatrada Bretaña.

Es innegable, por tanto, que el alma gallega continúa sintiendo hoy, al unísono de lo que sentía antaño, el alma celta.

Por eso los ecos de las arpas bárdicas repercutirán siempre en esta soñadora tierra con armonía más dulce, con timbre más sonoro, con acentos más conmovedores que los de las renombradas arpas eólicas. Los cantos de los bardos, impregnados, por lo común, de tristezas que

evocan hondos infortunios, cautivan aquí las almas con atractivos mayores que las alegres expansiones del vate de Teos, ora celebre, estimulado por el vino que chispea en el fondo de la cincelada copa, al Dios que ciñe a sus sienes la corona de pámpanos, ora encomie los encantos y gracias de la sin par Cyterea. Y es que Anacreonte cantaba el placer y sus efímeros goces, ajeno a las desdichas que ya afligían, entonces, a la hermosa Grecia, en tanto que los poetas celtas lloraban tristezas semejantes a las que laceran el alma de esta infortunada región. Así es que Galicia se identifica más con la poesía bárdica, que le recuerda su ilustre progenie, que con la poesía helénica, troquelada en el molde clásico y pulida con enervadora lima.

Tales son, en suma, los ideales que debe perseguir la literatura gallega, si ha de inspirarse en los principios que le señala la filosofía del arte, y si no lo hace así, será una literatura incolora, exótica, enteca y aun infecunda, la cual no echará raíces en el sentimiento popular, sin cuya vivificante savia las flores del ingenio resultan anémicas y desmedradas. Hasta ahora parece que ha seguido, por fortuna, esas orientaciones, según irá resultando a medida que avance en la explanación de mi tesis.

Cuando el romance, embrión fecundo del idioma castellano, apenas daba señales de vida, cuando las diversas regiones que integraban la península ibérica yacían silenciosas, Galicia, sobreponiéndose a la crudeza y a la incultura de los tiempos, surge gloriosa y nos ofrece una labor poética que emulaba la recabada entonces en Provenza por los *felibres*, los cuales cultivaban con fausto suceso la gaya ciencia que señoreó con tan hermoso imperio el mediodía de Francia.

El feliz hallazgo del Cancionero de la Biblioteca Vaticana, en el cual están coleccionadas las cántigas y pastorelas de los poetas galeciolusitanos del siglo XIII, ha venido a poner de manifiesto que, en dicha centuria, existía en Galicia pléyade brillante de trovadores que rivalizaban con los felibres provenzales y que superaban, sin duda alguna, o que superan, más bien, a los que figuran en el Cancionero de Baena, a pesar de haber escrito éstos sus versos dos siglos más tarde.

Acusaría, empero, manifiesto error, suponer que esa poesía, que se distingue por su fluidez, espontaneidad y galanura, y además por el arte que revela en el manejo de la rima, nació de repente, sin que la precediese una gestación más o menos laboriosa. Dos géneros de poesía prepararon la que campea en el cancionero susodicho, los cuales tuvieron su origen en una ciudad que, nacida al pie de un sepulcro, llegó al apogeo de su grandeza, merced al asiduo celo de sus prelados, a la mu-

nificencia de los reyes y a los pingües donativos y ofrendas de piadosos romeros que, de los cuatro vientos del horizonte, venían a imprimir el ósculo ardiente de su fe en la venerada urna que guardaba y guarda los santos restos del Apóstol evangelizador de España. Ya supondréis que aludo a la urbe compostelana, a la ciudad santa y dispensadora, por mediación de sus Jerarcas, de los consuelos inefables que una religión de amor procura a las almas combatidas por las borrascas de la vida y, además, eximio centro del saber, que recogía y condensaba en enérgico foco todas las irradiaciones de la cultura gallega para difundirla dentro y fuera de España. Pues bien, en esa ciudad coexistieron, durante los siglos XI y XII, dos literaturas; una, que pudiéramos llamar docta y clásica, la cual tenía por órgano el idioma latino y proyectaba su labor en las inscripciones funerarias, en los dramas litúrgicos que entonces se representaban y en alguno que otro poema de limitado alcance y exigua resonancia, cual el de *Consolationi rationis* de Pedro el Compostelano, y otra popular, ruda en sus comienzos, pero que perfeccionada más tarde, imprimió al nativo idioma esa eufonía, fluidez y dulzura, que lo hacen tan apto para plegarse a las exigencias de la rima, desde que ésta concluyó por sustituir el antiguo número de la metrificación clásica. Y estas dos literaturas se desenvolvieron paralelamente, llegando la popular o trovadoresca a alcanzar éxito tan excepcional, que, al decir del Marqués de Santillana, la lengua gallega-portuguesa señoreaba en el siglo XV los dominios de la poesía en Castilla, Extremadura, Andalucía y Portugal.

Nada tiene de extraño, después de todo, que acaeciese lo afirmado por el Marqués de Santillana en su erudita carta al Condestable de Portugal, habida en cuenta la cultura a la sazón imperante en Galicia, sobre todo en Santiago, la cual cultura, incubada al calor de los últimos años del Pontificado del Arzobispo D. Diego Gelmírez, fué en progresivo aumento durante los reinados de Fernando II de León, de Alfonso IX, San Fernando y Alfonso X. Las peregrinaciones religiosas vinieron, por otra parte, a establecer corrientes de ilustración entre el Noroeste de España y el Mediodía de Francia, entre Galicia y Provenza, entre Compostela y Tolosa. Los peregrinos y romeros, entre los cuales figuraron trovadores, juglares, menestrales y algún Conde trovador, cual Guillermo IX, venían a Compostela con el propósito de visitar el sepulcro del Apóstol Santiago; pero sin renunciar por eso al natural deseo que siente todo extranjero de comunicarse con los naturales del país visitado y de cambiar con ellos ideas e impresiones. Estos romeros trovadores debieron iniciar a los poetas gallegos del siglo XIII y siguientes en los

cánones de la gaya ciencia y darles la pauta de las rimas y combinaciones poéticas de los cantores del Mediodía de Francia, cual induce a creerlo la circunstancia de ajustarse los versos contenidos en el Cancionero a la metrificación Provenzal.

Difícil es al crítico caminar con seguro paso, en medio de las nebulosidades y aun negruras que ofrece el siglo XII, al intento de puntualizar los poetas gallegos que se distinguieron en esta centuria. Algunos escritores aseguran que vivieron en dicha centuria y que fueron hijos de esta región Guesto Ansúrez, autor del canto o poema intitulado *Hazañas de los Figueroas;* Gonzalo Hermíguez, del poema *Ouroana;* y Egas Moñiz, poeta erótico y guerrero a la vez, y el prosista D. Pedro Seguino, Obispo de Orense. No es fácil puntualizar si estos poetas, hecha excepción de Egas Moñiz, eran de esta región, y si vivieron en el siglo XII o en el siguiente; pero lo que puede afirmarse es que escribieron en idioma gallego. Dos monjes, benedictino y gallego el uno, cisterciense y lusitano el otro, los Padres Sarmiento y Brito, reivindican para sus respectivos países el honor de contar, como hijo, al autor del canto *Hazañas de los Figueroas*, aduciendo en abono de sus afirmaciones razonamientos que, si no llevan el convencimiento al ánimo, tampoco debe menospreciarlos una crítica sesuda y reflexiva. Nosotros no contamos con espacio y tiempo para penetrar en la entraña de tan delicado asunto; pero, a juzgar por el aspecto general que ofrece, si fuéramos llamados a emitir nuestra opinión, nos inclinaríamos a sumarla con la del ilustre benedictino gallego, atentos a que el apellido Figueroa no es exótico en Galicia y a que dentro de sus lindes existen lugares conocidos bajo la misma denominación.

Más diáfanos y limpios de nubosos celajes son los horizontes del siglo XIII que los de la centuria anterior, merced a la luz clarísima que irradian los cancioneros, especialmente el de la Biblioteca Vaticana, en el cual están coleccionadas las poesías de los trovadores gallegos Abril Pérez, Bernal de Bonabal, Juan Airas, Airas Núñez, Osoiranes, Pay da Cana, Pero Annes Marinho y otros. Pero además cultivó la poesía gallega, con éxito sorprendente, el sabio rey D. Alfonso X, cuyo privilegiado talento se adaptaba a todas las manifestaciones en que puede diversificarse la cultura humana, pues fué, a un tiempo, legislador astrónomo y poeta. Sus cántigas y loas a la Virgen atestiguan la ferviente devoción que le inspiraba la madre de Dios, la cual debía ofrecerse a la imaginación del poeta coronado envuelta en el espléndido nimbo de la luz increada que acusan los cuadros religiosos de Fra Angélico. Com-

pletan el cuadro, en la serie de los trovadores de este siglo, Vasco Fernández de Praga y Esteban Annes de Valladares.

Se distinguió en el siglo XIV, juntamente con otros poetas portugueses y castellanos que trovaron en idioma gallego, Vasco Pérez de Camoens, el cual bastaría para dar realce a esta centuria, no sólo por su mérito, por todos reconocido, sino porque fué ascendiente ilustre del inspirado Luis de Camoens. Una particularidad digna de mencionarse es que se cree fueron escritos en prosa gallega, durante esta centuria, algunos trabajos, lo cual prueba que el idioma gallego iba encarnando más y más en la labor literaria de dicho siglo.

Cierran el XV, con llave de oro, además de Luis de Vivero, peritísimo en el gay saber y en el manejo de la rima, el doncel del Marqués de Villena, Macías *el Enamorado* y su compatriota Rodríguez del Padrón. Macías *el Enamorado,* y su ilustre conterráneo Rodríguez del Padrón, a quien la suerte contraria indujo a poner los ojos en dama de realeza, compendian dos interesantes dramas de amor, los cuales terminaron, cuando aquella funesta *lanza sin falla* puso triste fin a la existencia del primero y cuando las decepciones de una pasión contrariada dieron con el segundo en los tétricos claustros del convento de Herbón.

El amor y sus puras y dulces emociones es la nota dominante en los cantares de los poetas gallegos; pero ese amor no es el fantaseado, sutil y andantesco que inspira a los trovadores suevos y provenzales, sino el humano, tierno y sentido que fluye espontáneo del alma y que se armoniza con los afectos del corazón. En los encantadores versos de los cantores gallegos vibra la nota personal, a la cual presta atractivos y encantos esa tristeza vaga, esa plácida melancolía, ingénita en el temperamento de los que sienten correr por sus venas la sangre céltica mezclada con la sangre sueva.

Y sin embargo, esta deliciosa poesía, que había echado hondas raíces en gran parte de España, estaba llamada a experimentar, en breve, prolongado eclipse.

Al iniciarse, en efecto, el siglo XVI, al fundirse en la férrea turquesa de una centralización asfixiante y abrumadora las diversas regiones españolas que tuvieran cierta autonomía, vióse forzada la musa gallega, mal de su grado, a enmudecer y a ceder la preeminencia a la musa castellana.

Callaron, pues, las arpas galaicas durante tres siglos, porque al partir del décimo sexto retorna el idioma gallego, cual emigrante ave, al país en que naciera, donde se limitó a ser la humilde habla de los moradores del campo, en tanto que el idioma lusitano, su hermano con-

sanguíneo, se desarrollaba y enriquecía, al compás de las prosperidades de la nación portuguesa, hasta el punto de brindar brillantes atavíos a la trompa épica de Camoens. Acaeció, entonces, lo que era fácil prever; esto es, que se fraccionó en dialectos, y en contacto con el castellano, que era y es el habla de las ciudades, se adulteró con la importación de neologismos que le hicieron perder su nativa pureza.

La poesía gallega no había de resignarse, sin embargo, a ser desahuciada para siempre del Parnaso español. Manifestación espontánea de una región que había vivido sin pedir prestada su savia a las demás, verbo elocuente de sus tradiciones venerandas, órgano encomiástico de sus aspiraciones e ideales y emblema de días más venturosos, no podía morir, en tanto Galicia alentara, y, en efecto, resurgió, cual el ave Fénix, de sus cenizas.

Ya en el siglo XVIII apuntaba, aunque tímidamente y de un modo vago, una tendencia propicia al renacimiento de la literatura gallega. Un monje ilustre, hijo docto y esclarecido de la distinguida orden religiosa que el inspirado y piadoso Benito fundara en Monte-Casino, prendado de Galicia, trató, con la prolija labor llamada por autonomasia benedictina, de las cosas que a esta región afectaban y al pueblo gallego se referían. Tal fué el padre Martín Sarmiento, a quien la patria galaica no ha pagado aún la deuda de gratitud con el mismo contraída. Su talento, rico y vario, nutrido de una erudición vastísima y regida por un criterio imparcial y sereno, abarcaba con ojo de águila los amplios horizontes de la historia, de la filología, de la ciencia, de la literatura y del arte, con un acierto y aplomo, a los cuales ha hecho justicia la posteridad, reconociendo de buen grado cuánto debe Galicia al sapientísimo religioso. Y no sólo consagró su talento a trabajos de indagación y de crítica, sino que, presintiendo, quizás, el renacimiento que se avecinaba, parece como que quiso trazar el molde de la futura poesía en la hermosa que dejó escrita en gallego, intitulada *Chan de Parafita*.

Compartieron con el padre Sarmiento su amor a Galicia otro religioso y hermano en la misma Orden, el eximio polígrafo padre Feijóo, quien, en su *Teatro Crítico*, fustiga preocupaciones arraigadas en el pueblo gallego, y D. Diego Antonio Cernadas, correcto escritor y poeta de fácil vena satírica, quien demostró en sus obras predilección especial por este país donde vió la luz primera. Aunque estos escritores se valieron, por lo común, del idioma castellano para dar forma a sus producciones, no huelga mencionarlos, en gracia al profundo afecto que por Galicia sintieron.

El impulso iniciado por varones tan doctos no cayó en el vacío;

antes fructificó en breve. Y en efecto, hace poco más de media centuria, que este noble pueblo gallego influído por las ideas modernas, que abrían su corazón a la esperanza y ofrecían a su imaginación, allá en los limbos del porvenir, plácidas bienandanzas, comenzó a abogar por reformas que levantasen sobre el pavés del regionalismo la pequeña patria galaica sin detrimento ni mengua de la unidad santa e intangible de la gran patria española. Agrupóse, en torno de esta bandera, compacta hueste de jóvenes animosos y, a impulso de este movimiento, brotó, como por ensalmo, el renacimiento de la poesía gallega, llamado a consagrarlo en la esfera literaria.

¿Quiénes fueron los precursores de este renacimiento? ¿Quiénes han sido los que, por modo directo o reflejo, recogieron en sus obras esta nueva era poética? A Pastor Díaz, a Alberto Camino y a Añón, especialmente a los dos últimos, corresponde de derecho tan señalado honor.

El Tibulo gallego, el apasionado cantor de Lina, el egregio hijo de Vivero, era un alma genuinamente gallega influída por las tristezas características de las gentes de este país. No importa que haya escrito casi todas sus rimas en castellano, porque el estro que las inspira pertenece a Galicia por entero. Lo mismo en su poesía gallega *A Alborada,* hermosa cual la sonrisa de la aurora, fresca como el despertar del día, dulce como el canto de la alondra que remonta su vuelo, ávida de saludar con sus trinos la aparición del sol; que en su elegíaco canto *A la Luna,* quejido que arranca al alma la nostalgia de la ausencia; que en *La Sirena del Norte,* en la cual nos presenta a la falaz cantora defraudada en sus esperanzas al ver que el atrevido nauta ha hallado en la celeste bóveda una escala y en el polo refulgente una estrella que vela por su suerte y le traza ruta más segura, se revela Pastor Díaz influído por una imaginación soñadora y melancólica, la cual hallaría expresión más adecuada e insinuante en el idioma regional.

El numen de la tristeza abrió también el alma tiernísima de Alberto Camino a los dulces halagos de la inspiración. Sentía hondo, cual suelen sentir las almas identificadas con las inenarrables bellezas que ofrece este incomparable país; así es que, no pudiendo resistir su corazón las expansiones de la indecible ternura y de la intensa pasión en que es consumía, se rompió, cual frágil vaso, arrebatando la muerte al amor de las musas una existencia en la cual, los que celebraban las primacías del ingenio del poeta, tenían puestas sus esperanzas. Dicen que Dios se lleva pronto las almas sensibles y amantes de lo bello, receloso de que el barro de la tierra llegue algún día a manchar su pureza. Y, si esto es verdad, habrá volado al cielo la del poeta a gozar de las inacabables

bienandanzas que reserva a sus elegidos, al lado de las cuales las dichas terrenas son como la inconsistente espuma que levanta y extingue a poco la ola.

Más vario y complejo era el temperamento de Añón, quien llora unas veces con la plañidera lira de Ovidio y ríe otras con la risa del sátiro. Sus desgracias fueron grandes, pero su amor a Galicia le permitió soportarlas con la abnegada fortaleza de un estoico. Entusiasta, cuando el amor de la patria le enardece; socarrón y malicioso cuando fustiga abusos inveterados; festivo e irónico cuando ridiculiza espeluznantes supersticiones; punzante e intencionado cuando le seduce el epigrama; original y oportunísimo cuando refiere las costumbres de los campesinos; sentido y tierno en sus elegíacas composiciones; espontáneo siempre y ajeno a toda afectación, mantiene Añón en sus producciones, no obstante estar dotado de un ingenio tan vario y de múltiples aptitudes, ese fondo de tristeza y de melancolía que informa la poesía gallega y que la distingue con típico sello de las demás.

He aquí los precursores de este hermoso renacimiento.

Pero el mérito de los mismos no estriba solamente en haber iniciado, con éxito feliz, ese renacimiento espléndido que ha encarrilado al ingenio gallego por los seguros caminos que conducen a la manifestación de la belleza, sino también en haber removido, con singular acierto, los estorbos que al logro de tan hermosos ideales oponía el estado decadente en que se hallaba el idioma gallego.

Y ya que del idioma gallego hablo, no estará por demás que trate en este lugar, aunque de pasada, la tan debatida cuestión referente al alcance que deba darse a la frase *lengua gallega-portuguesa* que el culto Marqués de Santillana estampa en su citada carta al Condestable de Portugal. Algunos han creído ver en ella la explícita afirmación de que el gallego y el portugués eran idiomas diferentes, lo cual es ajeno de verdad. El idioma portugués y el gallego formaron en sus comienzos una lengua común, la cual fué fruto de una sola gestación, incubó en un mismo claustro materno y fué producto de un solo alumbramiento.

Galicia formaba con Portugal el territorio denominado *Lusitania*. Estrabón, el ilustre geógrafo de Amasea, lo afirma con su irrefutable autoridad al hablarnos de la riqueza minera que existía en dicha región. *Apud Artabros* —dice— *autem qui Lusitaniœ versus occassum et septemtrionem habent effloscere ait terram argento, stanno, auro albo; est enin hoc permistum argento: hanc terram fluviis deferri et a mulieribus sarculis exhauri, lavarique in solis textis in mollum ciste.* De modo que, formando Galicia y Portugal la antigua Lusitania, debieron servirse

ambos del habla gallega por ser el idioma que les era común. Acaeció, después, que en el siglo XII proclamó Alfonso Enríquez, a raíz de la victoria de Ourique, la independencia de Portugal, y a partir de fecha tan señalada, el idioma, que antes era común, se fraccionó en dos, quedando uno a servicio de Galicia y pasando otro a ser órgano de la brillante literatura que había de dar más tarde elocuente forma y hermoso relieve a *Os Lusiadas* de Camoens. Salta, pues, a la vista, que el Marqués de Santillana empleó como sinónimos los adjetivos *gallega* y *portuguesa* para significar que los dos idiomas eran uno mismo. Presta, además, fundamento a tal opinión la que explana Duarte Núñez en su obra intitulada *Origen da Lingua Portugueza,* al decir de ésta y del habla gallega «as quaes ambas eraõ antigamente quasi hũa mesma nas palavras et nos diphtongos et pronunciaçaõ que as outras partes de Hespanha naõ tem».

A partir del fraccionamiento del habla común, surgido con motivo de la independencia de Portugal, se manifestaron en los idiomas gemelos, durante el transcurso de la transformación de que fueron objeto, diferenciaciones y desemejanzas accidentales; pero insuficientes para romper el nexo léxico que les une, en tanto grado que ni uno ni otro pueden ocultar al aire de familia que les hace similares, ni el tronco secular de donde proceden. Dado este íntimo parentesco, convendría que los hombres de letras de esta región estudiasen, desde el punto de vista de la fonética moderna y atentos a los principios que la informan, el idioma natal, haciendo constar las variantes de pronunciación que acusa en cada provincia y las especialidades morfológicas, sintácticas y lexicológicas que la caracterizan, de modo que pueda formarse un juicio sintético de todos los dialectos en que se diversifica la lengua gallega.

Tal exploración sería de evidente utilidad, además, para dotar la lengua regional de una gramática y de un diccionario que respondan a las exigencias de la época en que vivimos, pues los que tenemos, con ser producto de esfuerzos individuales dignos de encomio y acreedores a la gratitud de todo buen gallego, no llenan cumplidamente su cometido, teniendo en cuenta los adelantos que los estudios filológicos están recabando a la continua.

Decíamos hace poco que el mérito de los precursores y de los que siguieron sus huellas no consistió solamente en haber iniciado el renacimiento literario, sino en haber allanado los estorbos que a la realización de tal desiderátum oponía el estado decadente en que se hallaba entonces el idioma gallego.

Y, en efecto, al dar comienzo a su regeneradora labor, halláronse

con un idioma petrificado, inmóvil, caído en desuso en las ciudades desde hacía más de tres centurias, dividido en dialectos, adulterado con neologismos importados del castellano, estrechado a ser únicamente órgano de indoctos campesinos, ajeno a toda cultura literaria, necesitado de una gramática y de un diccionario que imprimiesen unidad, cohesión y concierto a los desperdigados vocablos que formaban el habla nativa, cuyo uso estaba a merced de los escritores y poetas que habían de utilizarlo; encontráronse, en suma, en presencia de un vetusto edificio, cuarteado por la injuria de los años y del olvido, en el cual edificio las abiertas junturas de sus sillares brindaban acceso al amarillo jaramago, en tanto que agrietados muros denunciaban su inminente ruina, si hábiles artífices no se apresuraban a restaurarlo.

Tales obstáculos no enervaron los alientos de aquellos eximios poetas, antes hubieron de sortearlos con un tino y maestría que hacen honor a sus talentos. Siguiendo el consejo del sesudo Horacio, *non fumun ex fulgore, sed ex fumo dare lucem,* hicieron surgir del caos el orden; del humo, la luz. Desechando, merced a una selección inteligente, todo lo que pudiera trabar los vuelos de la inspiración y ser obstáculo a la cadencia y al ritmo del verso, proscribieron los vocablos vulgares e inadecuados a la espontánea manifestación de la belleza, y admitieron y conservaron los que por su fluidez y dulzura se pliegan admirablemente a imprimir gallarda forma a las producciones poéticas; separaron, en una palabra, el oro de la escoria, utilizando aquél y relegando al olvido ésta. Y por mediación de este ingenioso procedimiento llegaron a crear una poesía lírica que se adapta a prestar artístico relieve a todos los movimientos afectivos del alma y a las vagas tristezas y anhelos de una imaginación soñadora y melancólica. Sin que el amor que siento por esta región me ofusque y desvanezca, creo poder afirmar que la lírica gallega, por su contextura espiritual y por su complexión ética, resulta más hermosa que la lírica de las demás regiones españolas. Su mágico y supremo ascendiente se deja sentir en los Juegos florales, repercute en los cantos de las masas corales gallegas, y brilla y triunfa, por último, allí donde el alma regional hace oír sus conmovedores latidos.

Si la poesía dramática gallega hubiese surgido tan potente y fecunda como la lírica, pudiéramos darnos por satisfechos. Pero la poesía y el arte marchan por etapas: sus pasos son parsimoniosos y lentos, y sólo en fuerza de graduales y progresivos esfuerzos pueden tocar la ansiada meta. Talía se ha mostrado hasta ahora esquiva en otorgarnos sus dones. Algunas comedias, muy pocas a la verdad, ha producido la poesía pallega, las cuales nos han presentado sus distinguidos autores

como modestos ensayos, precursores, a no dudarlo, de verdaderos éxitos, pues acusan aptitudes en los que las idearon, que es de esperar no torne valdías la pereza.

La prosa, en cambio, no se contiene ya dentro de las columnas de la prensa periódica, pues ha invadido los dominios del difícil arte de novelar. La novela consagrada a realzar la hermosura y referir los amores de la interesante doncella de Bonabal —*Caramoniña*— revela en su autor condiciones que sólo concurren en los noveladores de verdad. La prosa que campea en esa notable producción literaria, se exhibe desligada de los andadores de la infancia, se desliza suelta, fácil, espontánea y se pliega sin violencia, dócil a la pluma del escritor, a los variados incidentes del enredo que forma la trama de la acción. Es, además, una novela histórica, cuyos episodios obscurecen la acción principal, lo cual puede perdonarse al autor en gracia a la verdad que informa el magistral cuadro, en el cual se trazan con hábil artificio los hechos más culminantes, acaecidos en la ciudad compostelana y en el siglo a que la novela se refiere; es a saber, los bandos que se disputaban el gobierno y la dirección del Concejo y la solapada lucha que éste y la Mitra sostenían.

Cuando dije, hace un momento, que la lírica gallega, incubada al calor del renacimiento, sobrepujaba a las de las demás regiones españolas, habrá venido a buen seguro a vuestra memoria, señores Académicos, el recuerdo de la inimitable Rosalía de Castro, cuya eminente personalidad se proyecta de un modo tan acentuado en la poesía de este país, por haber recogido en sus cantos el alma, el genio de la región. Dulce cantora del dolor y de hondos infortunios, con los cuales se compenetraba su afligido corazón, acertó a expresarlos en sentidos versos, en los que no se sabe qué admirar más, si la variada y rica metrificación que les imprime artístico relieve, o la soñadora tristeza en que se inspiran. La gloria que irradia su peregrino ingenio tendrá siempre por pedestal el amor de toda la región gallega, hasta el punto de que, si por inesperado azar, cuya realización no permita el cielo, llegasen un día los ríos a rebasar sus naturales cauces, los mares a salirse de su ordinario asiento, y mares y ríos originasen impetuosa y asoladora inundación que arrebatara para siempre las obras de los poetas, aun entonces flotaría sobre las aguas de ese diluvio el arca santa de los cantares de la insigne poetisa, porque lo que tiene sus raíces en el corazón del pueblo, subsiste y perdura en tanto ese corazón aliente y viva.

No hablaré de otros poetas y literatos que viven aún, con valer tanto, ante el natural recelo de incurrir en involuntarias pretericiones y

atento además al temor de arrogarme algo que no es de mi incumbencia, pues a la posteridad, y no a mí, concierne formular juicios que, anticipados, pudieran ser argüidos de prematuros y parciales.

Yo bien quisiera hallar margen en este mi pobre discurso para mencionar, no más que sobriamente, a escritores gallegos que se han distinguido como poetas, literatos y hombres de ciencia, valiéndose del majestuoso idioma castellano para dar forma a sus elucubraciones; pero, al hacerlo, rompería el marco del cuadro que me traza el tema elegido. Sensible es para mí esta contrariedad que me priva de la inmensa satisfacción de exhibir personalidades de gran relieve que fueron ilustraciones verdaderas en las Ciencias, en la Literatura, en el Arte, en el Foro, en la Milicia, en el Magisterio, en la tribuna y en la prensa periódica.

Voy a concluir, pues harto he abusado de vuestra benevolencia; pero antes de poner término a mi discurso, séame permitido procurar expansión efusiva a amores que anidan en lo íntimo de mi corazón y conmueven sus fibras más delicadas. Tales amores me los sugiere esta Galicia querida, en la cual he vivido y pienso morir, y en cuyo seno se ha abierto mi alma a las inspiraciones del saber y a los plácidos transportes que origina el sentimiento de la belleza.

Galicia era, hasta hace poco, la Niobe de las regiones. La guerra y la emigración le arrebataban a diario sus hijos, cual se los arrebataban a aquella desconsolada matrona los dardos inenarrables y despiadados del Dios de la luz y de la hermosura. Vilipendiada y blanco de reiterados ultrajes, devoraba en silencio su dolor, hasta que llegó un día en que la razón y la justicia se impusieron a la insania de sus detractores. Cuando las montañas que forman la divisoria de esta región abrieron sus senos para dar paso a la potente y rauda locomotora, mensajera de amor y de paz, vinieron a visitarla los que la denostaban, y al verla tan hermosa y tan bella, rindiéronse a sus encantos, porque el que no se deja sojuzgar por ellos es que padece incurable ceguera o que se han secado en su corazón las fuentes del sentimiento. Vieron entonces, en vez de calcinadas montañas de vegetación desmedrada, azulados horizontes, poéticas lejanías, floridos valles, vegas umbrosas, rientes campiñas que tienen por fondo mares de esmeralda, paisajes emplazados en las vertientes de los montes, que remedan nacimientos, ciudades populosas y bellas, una fauna y una flora ricas en variados productos, y oyeron a la par los eufónicos vocablos de un habla mimosa que les brindaba cordial hospitalidad. Así es que los que antes la mancillaban no pudieron por menos que rectificar su error, seducidos por el incomparable idilio que

ofrece esta tierra privilegiada, la cual parece que surgió a la vida al conjuro mágico de algún encantador.

Por eso te he amado siempre ¡oh Galicia querida! y no sólo te he amado, sino que te amo todavía y te amaré siempre con loco frenesí. Y porque te amo, pido al cielo de todas veras que, cuando llegue la hora de mi final partida, se cierren para siempre mis ojos en tu amoroso regazo, a fin de que mis yertos labios impriman en tu sagrado suelo, con la persistencia de afectos que perduran después de la muerte, el ósculo postrero.

DISCURSO-CONTESTACIÓN

POR EL

SR. D. MANUEL MURGUÍA

Señores Académicos:

Permitid a quien ni siquiera puede decirse ya, hombre de otros tiempos (pues pronto entrará en su silencio), que antes de ocuparme en contestar al elocuente panegírico que de la lengua gallega y de la poesía en esa misma lengua expresada, hizo nuestro amigo y distinguido compañero, dirija un saludo a la ciudad lucense, a los que en ella nacieron, a los que aman la vieja metrópoli de la región, a cuantos nos rodean y honran con su presencia. No es éste vano artificio oratorio para ganar vuestra atención y simpatía. Sé que de antemano me la habéis otorgado; pero es, señores, que vuelvo la vista a las risueñas horas de mis esperanzas y con ellas están mezclados los recuerdos de Lugo. Pienso en los días olvidados y muertos para mí, y se levantan las memorias queridas, las afecciones que se extinguieron sin que las contrariedades de la vida puedan borrar por completo un pasado que dejó en mi corazón huellas imborrables. ¿Cómo pudiera ser que en esta hora, que en este estado de ánimo, no vengan a turbar mi pensamiento, con el rumor que en mi alma levantan todavía, los afectos, ni muertos ni olvidados, pero que llenaron mi existencia, en días pasados para siempre, que viven en mi alma sin que nada pueda hacer que les olvide, pues están unidos a esta ciudad por gratitudes que no amenguarán jamás las decepciones sufridas?

Recibe, pues, recibe Lugo, mi saludo. Como el regio peregrino que en la Edad Media fué a morir desconocido al pie del sepulcro del Apóstol, en aquella, para mí, entrañable ciudad en que he pasado tantos días felices y tantos amarguísimos, me toca, sin duda, venir tal vez a

terminar mi vida literaria, llevando a cabo con un acto de reconocimiento a Lugo, la prueba de amor que le debo y que nunca he negado a las ciudades y lugares de mi país.

El hermoso, importante trabajo que acabáis de oír, debido al señor Parga Sanjurjo, es un breve pero elocuente estudio acerca del dulcísimo idioma gallego. Lo es también relativo al de los poetas que se expresaron en nuestra habla provincial. Tratándose de la primera manifestación pública de la Real Academia Gallega, fué oportunísimo el tema escogido. No podía esperarse otra cosa de la inteligencia y carácter propios de quien tantas pruebas tiene dadas de su amor a nuestra patria.

El nuevo Académico —y perdóneme su reconocida modestia— se nos presenta en el notable discurso que acabáis de oír, tal cual es, hombre de superior cultura y conocimientos que le permiten entrar por los campos del pasado e iluminarlos con la viva luz de su penetración y de su elocuencia. Vémosle de muchos años acá —pues nuestro compañero es como yo de los que se inclinan hacia lo invisible— ocupado en los asuntos que importan tanto al pasado como al bienestar actual y al porvenir de nuestro pueblo. La *Sociedad Económica de Amigos del País*, de Santiago, que tantos lauros tiene alcanzados realizando la noble tarea que desde su fundación se impuso, recordará siempre la incansable labor que durante largos años efectuó en su seno el Sr. Parga Sanjurjo. Infatigable en el trabajo, entusiasta por todo pensamiento generoso, sin desfallecer por los diarios inconvenientes con que el hombre de buena voluntad tropieza siempre, dejó en aquella sociedad recuerdo imperecedero de su laboriosidad, de su inteligencia, de su amor jamás desmentido por las glorias y felicidad de Galicia. Las obligaciones de su cargo y la necesidad de aceptar los avances que en su carrera fué obteniendo del Estado, le obligaron a cambiar de residencia, a ausentarse de la tierra bien amada, pero no a olvidar sus amores y sus predilecciones por ella. La rectitud de su carácter, tan necesaria en el Magistrado, la nobleza y prudencia con que desempeñó sus cargos, la justificación que informó siempre sus oraciones fiscales, le dieron naturalmente aquella noble fama de rectitud y sabiduría a que por ello se había hecho acreedor. Y ved, señores, como estas cualidades y circunstancias, traen a mi memoria el recuerdo de los severos y rectos magistrados del siglo XVIII, quienes inflexibles en la aplicación de la ley, pero llenos de compasión y amor por cuantos caían bajo su duro fallo o sufrían las desigualdades de la suerte, no dejaban de consagrar su ocio al cultivo de la poesía, pero sobre todo al conocimiento y estudio de los problemas económico-sociales de su tiempo. Así, a su hora, nuestro distinguido compañero,

nos recuerda al gran Campomanes —nombre que no habrá olvidado Lugo, pues en él vivió un heredero de su nombre— a quien pudiera en cierto punto comparársele, por accidentes de la suerte. Nació aquél en Asturias, al pie casi de Galicia, a la cual conoció y amó como si fuese su propio país. Azares de la vida hicieron que el Sr. Parga, hijo de una noble familia gallega, cuyo solar se conserva todavía en Vivero, naciese en Asturias, pero no que olvidase su origen y dejase de amar esta tierra gallega como cosa propia.

Obtenido el descanso, fruto de una larga vida consagrada al cumplimiento de sus deberes de magistrado, a Vivero volvió y en aquella población vive, esperando su hora y que la tierra que cubre los suyos le acoja amorosamente, cuando llegue para él el momento inevitable.

Los tiempos han cambiado. Los magistrados del siglo XVIII pasaban de los tribunales al gobierno del Estado, pero los que hoy les sucedieron ya no transitan por esos caminos. Más modestas sus tareas, son también más desconocidas. No por eso, muchos de los que vistieron la toga dejan de señalar su paso con la estela de la producción literaria, la primera, permitidme que lo diga, entre las intelectuales. Uno de ellos, nuestro compañero. Todavía no se ha olvidado su hermoso trabajo acerca de la obra del Sr. Rábago, *El crédito agrícola*, en el cual condensó en breves páginas la dilatada labor de tan distinguido economista. Fué aquél un gran triunfo para el Sr. Parga Sanjurjo.

La oración que acabáis de oír es una prueba de que no sólo a los estudios jurídicos y económicos dedicó su atención. Los puramente literarios le llevaron también sus predilecciones. Era imposible que así no fuese, habiendo frecuentado a mediados de la pasada centuria los entonces gloriosísimos claustros universitarios de Compostela. Imposible también —y tanto es así que lo recuerda en su discurso— que perteneciendo a aquella entusiasta generación escolar que premió con su amor y sus predilecciones a nuestro Aurelio Aguirre, dejase de sentir, deleitarse y amar con pasión imborrable los frutos de la musa moderna que ilustraba entonces aquellas aulas, a cuyo amparo se criaba toda una pléyade de jóvenes que bien pronto habían de ilustrarlas. El primero entre todos, nuestro inolvidable Juan Manuel Paz, el alma más pura, el corazón más leal, el entendimiento más claro que entonces brillaba como una esperanza y nos fué arrebatado en los momentos en que su inteligencia, formada ya y poderosa, podía darnos en la poesía aquellos versos impecables que de él nos quedan; en la oratoria los sanos, precisos y tribunicios discursos, eclipsando en sus alegaciones forenses a los más grandes oradores de su tiempo. ¡Oh, dulce amigo; oh, mi noble

compañero en mis horas de soledad y de tristezas! ¡Cuánto hirió tu muerte este viejo corazón inútil ya para todo! ¡Qué gran vacío has dejado en él, cuán grande en tu patria! ¡Qué feliz serías presenciando esta fiesta, tú, en cuyos labios la lengua gallega tenía la mayor dulzura, y en tu alma un acento de amor imperecedero! Dejadme, dejadme que lo recuerde en este momento. ¡Lo merece tanto por su amor sin límites a Galicia, por su santa predilección por el habla gallega, por la inmensa compasión que tuvo siempre por nuestro hombre de trabajo, agobiado bajo su peso insoportable! En estos tiempos, el olvido cae tan pesadamente sobre los que parten, que en realidad, el más ilustre parece que muere más pronto en la memoria de los suyos. Sean, pues, estas palabras, como una oración por el alma blanca de aquel gran hijo de Galicia, orensano como Lamas Carvajal, cuya vacante viene a ocupar el Sr. Parga, y por deber ineludible en estos casos hace en su discurso el más justo de los elogios. A Paz y a Carvajal conocí desde los primeros momentos de su vida literaria. Con el primero, fué mi trato diario, hasta que la muerte le puso fin. Con el segundo, diferencias que hoy creo dolorosas en el modo de juzgar su producción, nos separaron casi de repente. Debo recordarlo para que los que no hayan olvidado aquellas tempestades, no crean que queda de ellas en mi alma ni el más leve rastro. Yo desearía, señores, que las lejanas tormentas de otros tiempos se olvidasen tan para siempre, como lo están en mi corazón desde hace mucho. Porque no hay nada que apacigüe los arrebatos de la pasión, ni borre las discordias de los hombres, como la seguridad de lo inútil de semejantes luchas. Si Lamas Carvajal traspasó antes los límites de la vida, yo me hallo al fin de la mía. Somos como dos sombras que pronto han de encontrarse. La frialdad que los años traen hasta nosotros, ha borrado ya, no los rencores, porque éstos no sé como son; pero sí la dura, la implacable, la profunda línea de separación que nos apartaba como para siempre.

Con toda mi alma aprovecho la ocasión de decirlo, porque ya están bien lejanas las horas en que le juzgaba, no como enemigo, sinó como un contemporáneo, sin que quedase en mi corazón ni el más pequeño rastro de las antiguas discordias. Todo lo que había en ellas de amargo había desaparecido.

Así, pues, señores, aceptando con toda voluntad el juicio que al Sr. Parga merece el poeta muerto, me apresuro a rendir aquí el tributo que de justicia se le debe. Es más, uno a sus alabanzas, las mías incondicionales. Entiendo que fué un inspirado y que la posteridad, más desligada que nosotros de las preocupaciones que acerca de su

obra puede participar, comparándole con la de sus contemporáneos, ha de darle, mejor dicho, le da, lugar merecido y glorioso en nuestro Parnaso. El Sr. Parga, comprendió bien y juzgó la obra de nuestro poeta. Aceptando en un todo su juicio, cumplo hoy un acto de justicia que viene a ser para mí como una santa expiación, no de faltas que creo no haber cometido, sinó de las durezas del ataque en los momentos de la lucha. Él los devolvió con igual fuerza, con lo cual puedo decir quedé libre de culpa, porque es ley de todo combate herir y ser herido, y, no pudiendo escapar a semejantes contingencias, forzoso era que la lucha respondiese a la importancia del objeto y de las circunstancias que la habían hecho precisa, fatal casi. Pero perdido en el espacio el eco de tales contiendas, apaciguadas y muertas las pasiones que les habían dado vida, no puede ahora quedar de ellas más que un triste recuerdo y la confesión de su inutilidad, borrando con la simpatía de hoy la severidad de otros tiempos. ¡Váyanse en paz los recuerdos de tan vanas querellas, y quede mi corazón libre de las involuntarias faltas que en él engendraron!

Si se me pidiera en estos momentos que volviese a realizar con el entusiasmo que la inspiraron, la labor llevada a cabo en mis veinticinco años, cuando dí a conocer fuera de Galicia a nuestro Añón, Camino y Pintos, me negaría a ello; que ya no es dado a mi buena voluntad relacionar el balbuceo de aquellos comienzos con la plenitud del actual florecimiento de nuestra poesía. Acreedores fueron los que iniciaron tan dichoso movimiento a nuestras alabanzas y amor, siquiera les viésemos bien pronto, sobrepujados, aniquilados se diría mejor, por los que le siguieron, dueños de una más adecuada expresión de los sentimientos, de una forma impecable, de una intensidad y vigor de la inspiración hasta entonces desconocida. Por mi desgracia, no viven hoy, todos los que formaron el grupo gloriosísimo que a su hora inició la regeneración de la poesía regional; mas el recuerdo de la infortunada que se colocó de golpe en los primeros rangos y el renombre alcanzado por Curros Enríquez y por Pondal, nada será capaz de borrarlo de nuestra memoria; será eterno en Galicia. Seis siglos de distancia separa a estos tres inspirados, de los de nuestros *Cancioneros;* pero llenan tan por entero tan largo espacio de tiempo, que es imposible negar que vinieron a unir con eslabones de oro la rota cadena de nuestra tradición poética. Y no es, ciertamente, que haya estado interrumpida, como se cree, porque falten los nombres y se hubieran perdido las producciones. El genio popular llenó abundante el vacío. Estaba todo ello en las especiales condiciones del medio ambiente y sobre todo en la distribución de la

población rural, numerosa siempre, pero aislada, sola, perseguida por cuantas plagas pueden caer sobre el hombre olvidado. No se hable pues del carácter reservado, individualista, del hijo de Galicia. Es propio de la soledad en que vive; pero es también fuente perenne de sus impresiones particularistas, y de sus propios pensamientos. A nuestro pueblo no le conocemos, ni en su pasado ni en la actualidad. Es una gran fuerza que se pierde en la soledad en que vive, y así se pudo decir, en presencia de la esterilidad de la poesía culta en nuestro país durante los siglos XVII y XVIII, aquello de

Galicia nunca fértil en poetas,

y sin embargo, el sentimiento poético de los que habitan bajo estos cielos, el enorme, intensivo cultivo de la poesía oral, tan grande, tan importante, tan notable en su desarrollo y en su persistencia, declara que si hay pueblo en que los frutos de la imaginación y de los afectos individuales, sean, como quien dice, connaturales y espontáneos, es el nuestro.

Llegará día en que se esclarezca el fenómeno de unas gentes que parecen sumergidas en las tinieblas de una inverosímil quietud intelectual y que sin embargo produjeron y alentaron una vasta, una importante literatura oral. Ella conoció todos los géneros de tan espontánea producción. Los cuentos y fábulas, las canciones, los romances y las baladas, el teatro (el popular, se entiende, que aun hoy dura) fuéronle familiares. Llenaron sus días en la soledad del campo y del domicilio, durante las largas veladas de invierno, al calor del fuego que ardía en el hogar, siendo encanto de la juventud y apacible recuerdo en el anciano, las tradiciones y las leyendas, tanto como los misterios que en ellos se encerraban, llenaban, conmovían y consolaban sus penas y diarios trabajos, pues todo ello informaba el alma sencilla y crédula del campesino. Si en los comienzos del siglo pasado hubiésemos tenido quien recogiese esas agrestes flores de la producción popular, veríamos que tenían su luz y su perfume. Si entonces se recogiesen todos sus subsidios, creed señores, que pocos pueblos como el gallego traerían al acervo común de la devoción, de la ciencia y del alma popular, mayor cosecha de los frescos y misteriosos frutos con que la tradición, la leyenda, las creencias, los sentimientos y hasta las supersticiones de un pueblo inteligente, llenaron su vida durante siglos. Para decirnos lo que ha perdido nuestra desidia, se conserva aun hoy algo de aquella gloriosa producción, y yo invito a cuantos viven al presente en medio de nuestros campos y en relación directa con los que los habitan y hacen fructíferos,

yo les invito a que, como quien lleva a cabo una obra religiosa, recojan lo que aun queda vivo de aquel fecundo pasado, de aquella vida maravillosa, de aquel tesoro inagotable de poesía y de tradiciones que no debieran haberse olvidado nunca; en ellas está encerrada el alma de nuestro pueblo.

Por lo demás, pensar que gente culta como la nuestra, pudo vivir ajena a todo comercio intelectual y envuelta en las sombras que la rodeaban, permanecer como olvidada de sí misma y de su propio corazón, es un verdadero absurdo, más aún, una impiedad que castiga el cielo; pues para éste, los humildes suman más que los poderosos de la tierra. Y aun sucede a veces que el alma de las multitudes se presenta mejor orientada, en cuanto a sus intereses se refiere, que la de los que se creen sus guías y defensores.

De todos modos, puede asegurarse, que aun en medio de la tristísima soledad y abatimiento en que se vieron encerradas las clases agrícolas del país, sobre todo durante el amargo siglo XVII, —que fué el de su mayor y más doloroso martirio—, se vivió por acá, como no podía ser menos, la vida activa de la inteligencia. En manera alguna cesó en los rangos ilustrados, ni el amor a la producción poética genuinamente gallega, ni el uso en ella del idioma que entre nosotros le era propio. Porque no se conozcan ni los nombres ni las obras, ¿quiere acaso decir esto que nuestros antepasados no se hayan complacido en producirlas y conservarlas? Uno de los más grandes poetas gallegos, y el primero en que se advierte la profunda separación de la producción poética-gallega y la extraña, indicando dos sentimientos distintos, nuestro Gerónimo Bermúdez, se disculpaba a últimos del siglo XVI, de no poder expresarse bien en castellano, por serle connatural el gallego. ¡Mejor diría, si indicase que porque eran distintas las inspiraciones y su manifestación! Pero sea como quiera, en su tiempo casi, su conterráneo Pedro Vázquez de Neyra dejaba una prueba de su estimación por el habla natal y de su estro como poeta, en el hermoso soneto a la muerte de la reina doña Margarita de Austria (1612), que por fortuna conservamos. Ya es imposible decir lo mismo del poema titulado *Erodiada,* en el cual, y por aquellos mismos días, el abad Bermúdez Aspay consignó las más curiosas noticias genealógicas referentes a las casas solariegas de Galicia, en las cuales se ocupaba. Es dolorosa su pérdida por todos conceptos, y lo mismo hubiera sucedido al famoso cura Torrado, que defendió en las regocijadas décimas que empiezan

Santo da barba dourada
Vello honrado, meu patrón, etc.,

el patronato del Apóstol Santiago en España, a no haberlas hallado copiadas en las guardas de un ejemblar del *Nobiliario* de nuestro Gándara, y tenido la fortuna de transcribirlas; pues aquél desapareció tal vez para siempre. Es más, desde los comienzos del siglo XVIII, ya en las *Fiestas minervales,* ya en los *Certámenes,* que a semejanza de los actuales Juegos florales se celebraban en el país, se disponía un lugar para las composiciones en gallego, —desgraciadamente siempre festivas— que compartían su imperio —y también la predilección de los suyos—, con los villancicos de Navidad que se cantaban en las catedrales del viejo reino, y cuya música sería curioso conocer y estudiar, porque así como el poeta se entraba en lo que quedaba libre del alma viva del pueblo, así el músico aprovechaba en sus temas los populares en su tiempo.

Ciertamente no era poeta nuestro P. Sarmiento, pero aun así y todo, este gran hijo de Galicia nos dejó importantes composiciones en que, si falta el estro, se acumula un gran caudal de voces —pues para ello se habían escrito— del idioma gallego. Trabajo importante bajo todos aspectos, en que aquel ilustre benedictino dejó de manifiesto el amor verdaderamente maravilloso y puro que sentía por su país natal. En el uso del gallego, en la producción métrica, —permítaseme esta frase, pues no me atrevo a decirla producción poética— le acompañó el famoso cura de Fruime, en cuyas obras se conservan algunas de sus composiciones en gallego, todas de escaso valor. ¡Que no había de ser el siglo XVIII en Galicia diverso de lo que fué en el resto de España, esto es, prosaico y mediocre! Se necesitó, por lo tanto, que el XIX, al cual pertenecemos por el nacimiento y por la obra de regeneración llevada a cabo, abriese nuevos horizontes a la producción poética en gallego, y la hiciese entrar, decididamente, en el fecundo movimiento regenerador de nuestro tiempo. El Sr. Parga Sanjurjo señaló con gran acierto en su *Discurso,* la hermosa composición en gallego *A Alborada* del inmortal Pastor Díaz, que abre, como quien dice, los nuevos cauces por donde debía correr a lo sucesivo la lírica gallega expresada en nuestro idioma. Y en verdad que ya no es la musa burlona y grosera a que nos tenían acostumbrados, aquélla a quien debemos tan delicadas estrofas; es el sentimiento individual, íntimo, que estalla y produce las verdaderas primeras poesías gallegas en gallego.

Ni le imitaron, ni le siguieron, los Añón, los Pintos, los Camino, que ya se han nombrado, poetas puramente impersonales, objetivos, que apenas si rompieron los moldes del gusto —no me atrevo a llamarle escuela— que les era propio, en la expresión de los sentimientos y

escenas populares. Sin duda era necesario un más hondo impulso para que la necesaria transformación se realizase, y ese impulso lo recibió de una mujer, quien dando por entero carta de naturaleza, no sólo al idioma, sinó a los íntimos sentimientos del alma gallega, los ennobleció con los inmortales frutos de su inspiración. Por razones que no escaparán a los que me escuchan, dejo de señalar la decisiva influencia que ejerció en la corriente poética que a su hora inició la musa fresca, juvenil, llena de vida, que se dejó oír entonces y fué acogida como la de un apóstol y redentor. Dejemos en su paz a quien gustó con sus labios todas las hieles de la vida, y añadamos que en su obra de regeneración fué seguida bien pronto por Curros Enríquez, que hoy vive en amargo destierro. Curros Enríquez, poeta de cuerpo entero, de estro robusto, apagado por los grandes dolores que le cercan, comparte el amor de los suyos con Pondal, en cuya lira resuenan, como en la de Ossián, las notas de los antiguos bardos, y celebra los hechos de los héroes que personificó en los lugares natales, que dichosamente llena todavía con su gloriosa ancianidad.

En su compañía fué Lamas Carvajal, que ya queda juzgado, siguiéndole toda una pléyade de poetas y escritores, más o menos inspirados, que el país conoce y ama. No se les nombra, por no ser preciso, y ser larga la lista, mas no por inútil.

Lo que sí conviene consignar, es que tan importante movimiento regenerador de nuestra literatura provincial, vino a plantear, lo mismo en las obras en prosa que en las en verso, el problema de su oportunidad, de su posible duración, y sobre todo, de su compenetración en el alma del país. Desde el poema al drama, desde el más declarado lirismo a las composiciones impersonales, objetivas, en que se ponen de relieve los sentimientos, las costumbres campesinas, y se refieren a sus penas y esperanzas, una nueva dirección se inició en el conocimiento, y por lo tanto, en el uso de la lengua gallega, como vehículo de la verdadera producción literaria en Galicia. Su rehabilitación no es por lo tanto, ni obra caprichosa de la erudición, ni cosa pasajera o del momento; es fundamental, obligatoria, si la evolución iniciada ha de producir los frutos que de ella se esperan. Su finalidad, es superior a lo que quieren suponer algunos espíritus superficiales o simplemente alejados, por triste pecado de desamor a cuanto está en nuestra sangre y en nuestra inteligencia. Niéganse a confesar —mejor sería decir a comprender— su importancia; mas, ¿qué significa esa punible hostilidad? El hecho es, que el problema del uso cada vez más general, cada día más absorbente, del idioma gallego en la producción literaria, está planteado. Los que

han de resolverlo y triunfar se hallan dispuestos, sin que les importe el hecho, hasta cierto punto insignificante, a que acudan para herirle cuantos señalan con falsa intención la falta de uniformidad en que caen los autores que usan en sus obras el gallego. Prefiere en efecto cada uno, como no puede ser menos, el habla corriente en el territorio en que nació y vive; pero esto, ¿qué significa, si no faltan —y están ya en lo cierto— quienes aceptando la que podemos denominar habla dominante, tratan de irla despojando en sus trabajos, de todo género de neologismos, de todo género de voces bárbaras, y especialmente de las inadecuadas e impropias, a veces, hasta a la buena educación? Y no es esto, señores, dar a entender, que devolviendo su verdadero carácter y hermosura al habla relegada a la expresión de los sentimientos y de las cosas inferiores, se trate de formar una lengua semiartificial, en cuyas celdas haya desde luego de encerrarse toda producción literaria. Manifiesto error sería intentarlo, pues nada permite al escritor el conveniente desarrollo y expresión de sus ideas, como la abundancia del vocabulario de que dispone.

El gallego se halla hoy, por su dicha, en las condiciones de un idioma en su formación, —yo creo que unas más que otras, todas las lenguas se hallan en el mismo caso— pues en definitiva lo son por esencia aquellas a las cuales la cultura literaria no ha fijado. Por fortuna el portugués llegó ya a este punto y puede servirnos para contrastar las formas usadas nuevamente por los que ya las usaron en un principio. Una y otra lengua son totalmente lo mismo en sus orígenes, en su desenvolvimiento, en sus condiciones, como atestiguan los cancioneros galaico-portugueses del siglo XIII, en los cuales, la inspiración, la estructura de las composiciones, la ortografía, y sobre todo el lenguaje, es uno mismo. Se hizo la experiencia de leer un canto de *Os Lusiadas* a un campesino gallego y lo entendió todo él, y mejor que si estuviese en castellano. Es más, excepción hecha del acento, que tanto diferencia un vocablo pronunciado con ésta o con la otra entonación, apenas si hemos hallado gran diferencia entre el gallego que dejábamos acá del Miño y el portugués que se habla desde la orilla de nuestro río bien amado, hasta las márgenes del Duero. Esto hoy, porque en tiempos anteriores, esa diferencia no debió existir siquiera. Para probarlo bastará transcribir dos solos párrafos de las *Constituciones* de una cofradía religiosa de Galicia, redactadas en 1591, y señalarlas a la atención de los entendidos, para que nos digan si es gallego o portugués el idioma en que están escritos.

«Ca o pecado, dicen, en que descaeceron, padecemolo nos: que

deles sairon a pena que padescen, mais aquelas forzas tomadas que se retornen a o ben daquel outro mundo en que este facen ben, ca todo aquel ben aparescera ante si ali hun ha de ser julgado e para aquel ben que face Deus Padre, destruira os escarnecementos do diaboo, e os seus enlazamentos pelos do diaboo pela gracia de Deus son ja feitas así como cousa que non ha medo de padecer e como causa incorruptivil. Ca ha ora que se homen parte do empecamento do demo logo non teme cousa que neste mundo seja, mais se homen en outro maneira facer, logo e tiudo por tante consigo a morte e que he corruptivil, ca trespallo os mandados de noso Señor e que he mortal», etc.

Esta prosa que como dato histórico, vale bien la de un libro, tiene para el caso la mayor importancia, pues basta compararla con cualquiera otra de su tiempo para comprender que si nuestros autores hubiesen escrito en el gallego que hablaban, hubiéramos contado con obras que pudiesen compararse en cuestión de lenguaje con las que Portugal debe a sus hijos, y con un idioma como Portugal posée.

Veríase asímismo que era igual el usado en ambas naciones. No fué así y hay por lo tanto que limitar las actuales investigaciones a lo que permiten los escasos elementos de que se dispone. Gracias a ellos puede asegurarse que en los siglos XVII y XVIII, el portugués y el gallego eran uno mismo, y que este último era también el usado en todos los rangos de la sociedad, tanto en la culta como en la popular. En las casas solariegas, en el seno de las familias nobiliarias, del mismo modo que en el mercado y en todo trato, no se usaba sinó el habla provincial. Y no sólo se usaba sinó que era preferida y estudiada hasta intentarse en Santiago a mediados del siglo XVIII la formación de un *Diccionario de la lengua gallega*, tarea gloriosa que, con otros trabajos más, relativos al asunto, nos dejaron los PP. Sarmiento y Sobreira, pretendiendo otros, como Labrada, penetrar en los secretos de su origen. Queda bien poco de estos estudios, pero lo bastante para que sea manifiesto el amor con que se les miraba. Son en la actualidad como una invitación a proseguirlos. Los que, como yo, estamos al fin de la vida, recordamos bien que en nuestra juventud el dominio del habla gallega era total en Galicia. No se la arrojaba de los suburbios de las poblaciones al interior del campo, ni en éste se entendía ser inferior el habla natal, y menos aún que debía irse sustituyéndola por la que el uso oficial iba introduciendo de soslayo.

Igual fenómeno se dió en España en los demás países bilingües. La reacción contra la funesta tendencia a aniquilar las lenguas particulares, sacrificándolas en el altar de la dominante en el Estado, empezó pronto;

por cuanto vive y tiene raíz en el corazón y en el amor del hombre, se niega a perecer. En Cataluña, el triunfo fué rápido y completo, pues tenía toda una importante y numerosa literatura anterior, manteniendo viva la tradición de su lengua. En las provincias vascas, no tanto, pero suplió en ellas el amor que sus hijos sienten por cuanto les es propio. Esperamos que en Galicia se obtenga pronto el mismo resultado que en Cataluña, pues siendo tan intenso el dominio del gallego, y tan de nuestra predilección, puede hacerse fácilmente que afirme su poder en el corazón y en el labio de sus hijos. Sagrado movimiento que coincidirá misteriosamente con la fiel manifestación del alma y de los sentimientos populares de la región! Podemos, por lo tanto, tener por venturosa la tendencia de nuestros poetas y escritores a expresarse en el lenguaje que recibieron con la sangre y aprendieron a amar en el regazo materno. A ella debemos la verdadera, la espontánea manifestación de nuestra poesía. Es más, no hubo en la historia literaria de Galicia, en los siglos XVII y XVIII, época alguna en que floreciesen ni tantos ni tan excelsos poetas como los que escribieron en gallego en la segunda mitad de la pasada centuria —sean las que quieran las causas que expliquen la aparente esterilidad poética de que se nos acusa—. Diríase, con razón, en vista de este fenómeno, que fué necesario el predominio del habla provincial en la producción literaria, para que ésta alcanzase la total posesión de su *yo*. Y no la apelliden quejumbrosa, como lo hacen los que quieren herirla con su rencoroso juicio, ya que no pueden decirla estéril. ¿Por qué no habían de quejarse nuestros poetas, si todas las espinas del dolor hieren en nuestra tierra al hombre y sus cosas? ¿No las llevaron ellos mismos clavadas en su corazón? ¿Y en dónde no se quejó la lírica moderna? Los angustiosos acentos de Byron y Leopardi, de Hugo, Lamartine y Musset, las amargas ironías de Heine, ¿no dieron en toda Europa la nota propia de la inspiración y el sentimiento en el siglo que puedo llamar mío, porque en él nací, viví, sufrí y ví caer a los más grandes y generosos? ¡Ah, no! el renacimiento, el uso del idioma gallego acompañó dichosamente al de nuestra poesía. Esta fué humana, y superior a la que dió la España central. Y es que hay algo en el alma gallega que así lo pide. Profunda en la emoción, y delicada y melancólica en la expresión, nuestra Musa sólo es comparable, por propia índole —aunque parezca paradoja— en el modo de sentir y expresar, a la de los pueblos modernos.

En nuestro país, aquel gran poeta a quien amamos, porque en sus cantos reflejó enteramente el alma de este pueblo, nuestro inolvidable Pastor Díaz, a quien no se hizo todavía la necesaria justicia, rompió des-

de un principio con la métrica y con la ordenada expresión clásica en España, cuando todavía no era conocido el romanticismo. Fué el primer romántico español que en las soledades de su pueblo natal, en el entusiasmo de sus años juveniles y sobre todo en su corazón, que vibraba al paso de sus emociones y de sus sueños, dió en sus versos el ejemplo de una poesía personal, emotiva, lírica en una palabra, en la cual un rayo de luz juvenil, —si se nos permite la frase—, iluminaba las amargas tinieblas, las dudas dolorosas que le rodeaban.

Como advierte en su discurso el Sr. Parga Sanjurjo, este poeta que abría con sus primeros cantos un nuevo camino a la lírica española, usó en una de sus composiciones el habla gallega. Fué sin duda el primero que la capacitó para algo más que la expresión de las escenas propias de la vida truhanesca, condición que hasta entonces tuvo en la poesía culta, gracias al uso que de ella se hacía en los villancicos de las iglesias y obras de burlas a que tan aficionado se mostró siempre nuestro pueblo. Con ellas distraía las inmensas aflicciones, las tribulaciones dolorosísimas que le cercaban. La poesía culta, genuinamente gallega y en gallego, empezó, pues, en *A Alborada* de Pastor Díaz. Y decimos genuinamente gallega, porque no es posible negar, cuando se la conoce como es debido, que hay algo, mucho, de esencialmente diferencial y de constitutivo entre nuestra lírica y la castellana. Tanto, señores, que puede decirse sin temor, que sólo cuando aparecieron entre nosotros los que usaron de preferencia en sus producciones el habla natal, tuvimos poetas en el verdadero sentido de la palabra.

Separad, señores, a Pastor Díaz y a Bautista Alonso, que anunciaron para Galicia una época de renovación, y decid después a quienes pueden compararse Rosalía Castro, Curros Enríquez y Pondal, entre nuestros poetas a ellos anteriores. ¿Quién les iguala, ni en la forma, ni en el vigor de la expresión, ni en lo hondo y humano del sentimiento? Galicia tendrá siempre que poner en primer lugar el nombre de estos tres inspirados, tendrá que amarlos con amor eterno, porque ellos expresaron con una fuerza, verdad y galanura sin igual, la vida de nuestro pueblo, las penas sin límites que le abruman y el coro de esperanzas que vinieron a animarle en estos momentos de redención para todos los afligidos que, en verdad, no se someten a su dolor tan fácilmente como se piensa.

Por eso sus quejas laten a través de los tiempos, resonando como un desconsolado gemido. Por eso las penas que arraigaron en el corazón de nuestras multitudes, y los importantes problemas planteados en su beneficio, son al presente como hermanos gemelos que no aciertan a

separar sus cuerpos ni a libertar sus almas. ¡Tan unidos se hallan! Mas, como se impone con violencia sin igual la resolución de esos problemas, forzoso será abordarlos de una vez, sin mirar a si se desgarran las carnes o se vierte la sangre, si no si es justa la redención. Una duda, sin embargo, nos interroga: ¿ha de destruirse para ello cuanto constituye nuestro pasado, y sobre su desolación y su silencio levantar la nueva ciudad? Lo afirman algunos, ignorando, sin duda, que no es el hombre lo único que existe en la tierra. A su lado viven y le acompañan misteriosamente a su paso, tantas cosas por él creadas, obras de su mano, de su pensamiento y hasta de sus sueños, que sería una especie de impiedad prescindir de ellas. Y si se ha de constituir la nueva sociedad con sólidos fundamentos, si hay que cerrar las llagas que el país lleva abiertas en sus costados, forzoso es contar con ese pasado como con un elemento primario, pues en él pusieron sus manos cuantos nos precedieron en la amarga peregrinación y amaron su país y sus gentes. Separarse de esa fecunda corriente, es separarse de la mitad de uno mismo.

La vida de los pueblos, es, bien lo sabéis, señores, la continuación de cuanto es suyo y ama y quiere y necesita conservar. Lo primero, lo más esencial, aquello de que no puede prescindir sin un eterno castigo, es el propio lenguaje. Don como recibido del cielo en el regazo de la madre, permitir que perezca es un perjurio. Dichosamente resuena bajo el cielo de Galicia el idioma formado por sus hijos durante siglos, y transmitido como una cosa sagrada que afirma nuestra intangible nacionalidad.

Una nueva barbarie, hablando en nombre de la civilización, quiere que las lenguas no oficiales se extingan a mano airada. ¡Imposible empresa! ¡Deseo cruel que no verán los hombres satisfecho! ¡Se oponen a ello tan poderosos obstáculos! Mas, desgraciadamente hay otras heridas que pueden maltratarlas peor que el olvido, y son las que lentamente pueden ir privando a esas lenguas en peligro, de sus rasgos esenciales, de su vocabulario, de cuanto las hace distintas de sus congéneres y las lleva lentamente a la muerte que les desean cuantos no las aman. Digamos, señores, que los pueblos que consienten que se pierda de este modo el propio idioma, son bien desgraciados. No les sigamos en el camino de su perdición. Y pues la lengua gallega vive entre nosotros y se habla, estudiémosla, amémosla y afirmémosla como la cosa más nuestra que conservamos del pasado.

Ayúdennos pues en la santa empresa de su estudio y conservación cuantos amen la total regeneración de nuestro pueblo. En empresa igual tienen puesta su alma todos los pueblos europeos. No hay uno que no

quiera conservar, como signo imborrable de su nacionalidad, la lengua que habla. Por nuestra situación, por nuestro pasado, por lo que el porvenir nos promete y hasta por los dolores que flagelaron las carnes vivas de nuestras gentes, es obra de caridad el hacerlo así. Más aun, lo es de decoro, lo es también de patriotismo; de lo contrario se dirá que carecemos del necesario espíritu de conservación, que aquí ha muerto todo y que de cuanto debemos al pasado, ni permanece ni nos importa. Y en estos tiempos, señores, a los pueblos muertos no se les cuenta, se les deja que busquen su sepultura y en ella entren ignorados para siempre jamás.

Y vosotros, ni nadie en Galicia, querrá que esto suceda. Los tiempos son de renovación, de vida nueva, pero sobre todo de hondas y gravísimas mudanzas. Desde aquellos otros en que el viejo mundo vió rotas las cadenas de la esclavitud del hombre y después extinguirse la servidumbre y más tarde la tiranía que siguió bajo cien formas, agobiándolo, no ha vuelto a tener el pueblo tan grandes anhelos como al presente. Viva el que trabaje, en la quietud de su casa y en el provecho que le rindan sus diarios esfuerzos, y no le neguemos el consuelo de alegrar sus vigilias con el fruto de los inspirados, de aquellos que sienten y hablan como ellos. Es una santa caridad el hacerlo así. Y cuando tras las rudas labores que ocupan sus horas, vuelva al hogar en que le esperan, que les acompañen en sus soledades las bendiciones del cielo y los versos de sus poetas, para que de este modo afirmen como para siempre, bajo el cielo que nos cubre y en medio de los campos que hacen fértiles la lengua de sus padres, la que ellos hablan, la que han de hablar los que de ellos desciendan, la que entregan a nuestro amor sin límites para que la conservemos. Santo, santísimo legado que, como una afirmación de la personalidad de Galicia, dejarán a la posteridad los tiempos actuales.

VELADA

DE LA ASOCIACIÓN INICIADORA Y PROTECTORA DE LA ACADEMIA GALLEGA CELEBRADA EN LA HABANA CON MOTIVO DEL SEGUNDO ANIVERSARIO DE LA FUNDACIÓN DE LA REAL ACADEMIA

El 4 de Septiembre último solemnizó la meritísima y patriótica Asociación Iniciadora y Protectora de la Real Academia Gallega, el segundo aniversario de la constitución en Galicia de este Cuerpo docente.

A continuación damos cuenta de esta velada, tomándola de la revista regional *Galicia*, de la Habana:

«En la noche del 4 de los corrientes (Septiembre) y en los amplios y elegantes salones de la casa social de nuestro Centro Gallego, conmemoró o solemnizó la Asociación Iniciadora y Protectora, el segundo aniversario de la constitución o fundación de la Real Academia Gallega.

La velada fué abierta por el Presidente de la Asociación Iniciadora, doctor

Secundino Baños, quien dedicó algunas breves palabras alusivas a la significación de aquella fiesta, y siguiendo después el orden del programa.

Seguidamente fué ejecutada la *Rapsodia gallega,* por la señorita Julia Rovirosa, que fué muy aplaudida, al igual que la señorita Angélica Tapia, que acompañó al piano la fantasía que al violín tocó el Sr. Molina.

Acto seguido subió a la tribuna, que estaba engalanada con la bandera gallega y bouquets de flores, la señorita Mercedes Vieito, que habló de los fines de la Academia Gallega, de Galicia y de aquellas tres grandes mujeres que se llamaron Concepción Arenal, Rosalía Castro y la que aun se halla entre los que alientan: Emilia Pardo Bazán.

Alfredo Nan de Allariz subió a la tribuna, siendo recibido con aplausos, y recitó con buena entonación la bella poesía de Valentín Lamas Carvajal, *Anxel de redención.* Fué despedido entre otra salva de palmadas.

El orfeón *Ecos de Galicia* ejecutó muy bien *Los pescadores napolitanos,* por lo cual recibió numerosos aplausos.

Después subió a la tribuna el elocuente orador galiciano Angel Barros Freire, quien, después de un brillante exordio, entró en materia, explicando en brillantes y bien construídos párrafos, la historia, misión y porvenir de la Academia Gallega. Consagró un recuerdo al venerable historiador Murguía, al eximio poeta Curros Enríquez y al meritísimo dibujante litográfico Sr. Fontenla, alma máter de la Academia. En períodos de correcta dicción y elegante construcción sintáxica, hizo la historia de la lengua gallega y su decisiva influencia en los idiomas castellano y portugués, citando párrafos gallegos de Alfonso VI y Alfonso IX, que en nada se diferencian de la actual manera de hablar en nuestra Galicia, como en aquellos tiempos de las *Cántigas* de Alfonso el Sabio y *Cancioneros del Vaticano,* terminando con un verso de la sin par Rosalía Castro.

El elocuente, correcto y substancioso discurso de Angel Barros fué muy aplaudido, y sentimos no poder disponer de espacio para insertar sus párrafos más salientes.

La señorita Periath, consumió su turno en la parte segunda cantando, muy bien, *Como chove miudiño,* original de Piñeiro, y ejecutó magistralmente la *Melanconía,* del maestro Lens, y fué la última que ocupó el piano, ejecutando con maestría una romanza sin palabras.

También en el piano se ganó ruidosos aplausos la inteligente damita Sofía Rey, que nos obsequió con la deliciosa *Alborada,* de Veiga, siendo dichas señoritas muy aplaudidas.

La poesía *Por Galicia,* de Alfredo Vicenti, leída por el infatigable y culto secretario de la Academia, Licenciado Fernando Fuentes, recitada con verdadero «amore», con sincera alma de poeta, fué ruidosamente aplaudida.

Por causas ajenas a sus voluntades no pudieron consumir sus turnos el Vice-Presidente D. Eugenio López, que tenía un discurso a su cargo, y el señor Fleché, que iba a cantar la composición *Alaláa.*

Y por último, terminó el Dr. Baños, con su discurso-resumen, tan hermosa fiesta, prodigando grandes y justísimas alabanzas para todos los que han cooperado a su éxito, e hizo votos porque en el próximo año vuelva a celebrarse con el mayor esplendor, la misma idéntica fiesta del aniversario de la Academia en el nuevo y suntuoso Palacio que el Centro Gallego levantará muy pronto en el recientemente adquirido solar del Parque Central de la Habana.

Nosotros, que salimos gratamente impresionados de tan bella fiesta, felicitamos sinceramente a la Academia Gallega por el éxito obtenido, y a las personas que desinteresadamente contribuyeron a su lucimiento, y principalmente a D. José Fernando Fuentes, Secretario de la Sociedad Iniciadora y Protectora.»

Felicitamos a la Asociación de la Habana por el éxito de la velada y por lo que trabaja en pro de la Real Academia Gallega. Igual felicitación hacemos extensiva a la prensa regionalista que se publica en la Gran Antilla, propicia siempre a velar por los intereses y progreso de nuestra amada región.

En el número siguiente publicaremos los discursos de los distinguidos oradores que tomaron parte en dicha fiesta.

CURSO DE 1907-1908

El próximo mes de Diciembre comenzarán las clases anunciadas que se darán en el local de la Academia, Riego de Agua, 38, 1.º, y que serán las siguientes:

Historia del Arte Gallego, los lunes de cada semana.
Gramática Gallega, los martes.
Literatura Gallega, los miércoles.
Geografía de Galicia, los viernes.
Historia Contemporánea, los sábados.
La hora de dichas clases será la de ocho de la noche.

El Secretario interino,
EUGENIO CARRÉ.

HOMENAJE A CONCEPCIÓN ARENAL

Atribuyendo la Junta Directiva de la *Reunión Recreativa e Instructiva de Artesanos*, a falta de tiempo, y aun de estímulo, el haber resultado desierto el premio al tema 1.º del Certamen celebrado bajo sus auspicios en esta capital el 31 de Agosto último en honor de la insigne pensadora D.ª Concepción Arenal, y considerando que por esta causa ha quedado sin el debido cumplimiento la obra de beneficencia y de cultura que esta *Reunión* se había propuesto llevar a cabo con la celebración de aquella inolvidable fiesta literaria, ha acordado que se anuncien de nuevo los expresados tema y premio en la forma y sobre las bases siguientes:

PREMIO ÚNICO

Mil pesetas y trescientos ejemplares impresos, al mejor estudio bio-bibliográfico y crítico de D.ª Concepción Arenal y de sus obras.

BASES

1.ª El plazo para la entrega de trabajos terminará el 31 de Julio de 1908, debiendo aquéllos ser enviados al señor Bibliotecario de la *Reunión de Artesanos*, quien avisará el recibo de los mismos en los diarios locales, señalando los temas.

2.ª Cada trabajo llevará un tema igual al que aparezca en el sobre cerrado que contenga el nombre y señas del domicilio del autor.

Los originales no premiados serán recogidos por sus autores antes del 1.º de Septiembre del citado año.

Los nombres de los jurados se anunciarán oportunamente.

El premio será adjudicado el 31 de Agosto de dicho año 1908, en un acto solemne que esta sociedad se propone celebrar en aquel día.

La Coruña, 31 de Octubre de 1907.—Por acuerdo de la Junta Directiva: El Secretario, *Alfredo García Ramos*.

LITOGRAFÍA E IMPRENTA ROEL—CORUÑA